**Domingo primero del Evangelio de Marcos (04.12.2016): Marcos 1,9-13.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Los versículos 2 al 13 de este primer capítulo de Marcos forman una preciosa unidad literaria y teológica. Si se relee el texto se cae en la cuenta de que hay un lugar llamado ‘desierto’ en el que primero está Juan, el que viste y come como el profeta Elías (versos del 2 al 8). Aquí la palabra ‘desierto aparece citada dos veces.

Y luego está el segundo desierto. El de los versos 12 y 13. Un desierto breve en el texto y de cuarenta días en el tiempo. Es el desierto donde está Jesús acompañado de fieras bestias salvajes por un largo y de ángeles por otro. Acompañado o tentado, qué más da. También en este par de versículos se cita dos veces la palabra ‘desierto’. Estos desiertos, ¿son lugares de la toponimia de la tierra o son símbolos de otra realidad?

Entre el ‘desierto’ de Juan (vv. 2-8) y el ‘desierto’ de Jesús (vv.12-13) leemos los versículos 9 a 11. Donde se cuenta el encuentro de Jesús, que llega desde Nazaret de Galilea, con Juan en las orillas el río Jordán. Juan y Jesús en el Jordán. Y el encuentro es el bautismo. Dos adultos, bien adultos, se encuentran y se bautizan. Lo repito para que se grabe, se encuentran y se bautizan. Su encuentro es su bautismo. Adultos de unos treinta años, más o menos. ¡Cuánto me gustaría preguntar menudencias como ésta a su autora María Magdalena!

Entre un desierto y otro, como los dos panes de un bocadillo, leemos el encuentro de Juan con Jesús para poder decir que se trata de un bocadillo muy especial, ‘el del encuentro que es el bautismo’. Desierto-bautismo-desierto, semejante a ese ‘pan-jamón-pan’. Esta manera de escribir no se la inventó su autora. Es un género literario que existía desde que el ser humano aprendió a expresarse con la palabra y en cualquier idioma. En esta expresión importa la repetición y el contraste. De esta manera, el oyente o el lector mantiene constante y despierta su atención.

En el brevísimo relato del bautismo (1,9-11) me sorprende meditar este dato: *“vio abrirse los cielos”*. Hasta entonces, esos cielos estaban cerrados. Más acá estaban los humanos y más allá estaba Dios. Un Dios separado, lejano, trans-cendente. Cuando se abren los cielos, lo de ‘más allá’ y lo de ‘más acá’ pueden intercambiarse. No es necesaria ninguna mediación. Dios se hace inmediato, cercano, humano, de aquí. Con esta imagen tan elemental y tan sorprendente describe la fe de una mano narradora la plena humanidad de aquello que llega a llamarse ‘dios’. Se ha acabado la época de las mediaciones. No hay más realidad que la del ‘más acá’.

Y del brevísimo relato de las tentaciones (12-13) en el desierto, me admira que estas tentaciones no sean tres, como dirán luego Mateo y Lucas, sino una sola. Una sola elección: ser fiera salvaje como las que se describen en la apocalíptica judía del octavo capítulo del libro de Daniel, por ejemplo. Jesús pudo elegir ser rey como el ‘macho cabrío’ que fue Alejandro Magno (Daniel 8,19-25). Un Cristo Rey del Universo hubiera sido magnífico. Pero, aquel Jesús de Nazaret, el laico de Galilea y de carne y hueso, escogió ser alguien que se pone al servicio de quienes lo necesitan, como dirá este Evangelio en 10,35-44. ¿Así de fácil? Claro, decidió ser ‘angelion-noticia’, ángel servidor de un dios que solo y siempre es ‘humano’. **Carmelo B. H.**

**Domingo segundo de Adviento (04.12.2016): Mateo 3,1-12**

***“Una voz grita en el desierto”.* ¿Para qué? ¿Quién la escucha? Por eso escribo ¡CONTIGO!**

En el segundo domingo de Adviento se nos lee en la sagrada liturgia de la misa el segundo relato del Evangelio de Mateo. Se recordará que el primero estuvo tomado del capítulo vigésimo tercero. El texto de la segunda vela del Adviento podemos leerlo en Mateo 3,1-12. Un precioso mensaje sobre la tarea evangelizadora de Juan Bautista. ¿Tiene alguna relación esta tarea del bautizador Juan con el mensaje que se nos anunciaba en el discurso de Jesús en el monte de los Olivos y frente al Templo de Jerusalén (Mateo 24,37-44)?

Estos dos textos de Mateo no están el uno junto al otro en la narración de su Evangelio. Pero ambos vienen a ser el inicio y el final de un mismo proyecto renovador. Seguiré denunciando esta arbitraria selección de relatos evangélicos para la liturgia de la eucaristía dominical. Pero, en esta ocasión me parece muy oportuno leer estos dos relatos conjuntamente como si se tratara de un ejercicio de lectura sinóptica. En su mensaje está enterrada la semilla de toda transformación de cualquier institución como lo era el judaísmo del Templo o lo es la iglesia vaticana con toda su jerarquización que abarca hasta mi propia estructura religiosa-lasaliana.

Dice el Evangelista Mateo que en la persona de este Juan el bautizador se están cumpliendo las palabras del viejo profeta Isaías (el llamado segundo Isaías, que vivió tiempos posteriores a los del primer Isaías). Pero lo que escribió este Isaías y lo que dice Mateo que escribió no es lo mismo. Se le parece, pero en tan distinto… Transcribo ambos mensajes para que quien lea piense.

Esto escribió el profeta: *“Una voz grita: en el desierto preparad un camino…”* (Is 40,3). ¿A quién se le ocurre abrir caminos en un desierto y para qué?

Esto es lo que cita Mateo: *“Una voz grita en el desierto: preparad un camino…” (* Mt 3,3). ¿Quiénes van a escuchar a alguien que hable tan alejado de las gentes y de sus poblados?

Cuando los textos se leen en sus contextos, sus mensajes resplandecen nítidos y comprensi-bles. Mateo nos informa, para nuestra reflexión y decisiones, que la tarea de Juan fue lo que se suele decir en el refrán de nuestros mayores: ‘Predicar en el desierto, sermón perdido’. Las palabras y acciones de este Juan resultaron tan escandalosas y provocativas para las gentes de la religión de Israel que casi nadie se tomó en serio lo que decía y hacía. Bueno, al menos tres personas sí se tomaron muy en serio el hacer y decir de este Juan de carne y hueso.

Unos fariseos y saduceos (3,7) sí van a ver y a escuchar a este blasfemo de hombre que se atreve a perdonar los pecados que sólo en el templo de Jerusalén se pueden perdonar. Si esto que dice y hace Juan cala en las gentes del pueblo, se piensan estos prendas de fariseos y saduceos, nadie vendrá al templo a presentar los sacrificios por sus pecados y en poco tiempo nada quedará de la estructura de nuestra empresa, divino-humana, espiritual y económica. Y deciden que Juan debe desaparecer cuanto antes. Estos fariseos y saduceos que así piensan son, para Juan, ‘víboras’ como aquella víbora del árbol del paraíso. Estos son quienes se cruzan en el camino del reino, en el camino de la experiencia de la fe, en el camino que en nada va a iniciar otro hombre, el tercero que se fío de Juan, llamado Jesús de Nazaret (4,13-17).